

TEORIA E HISTORIA

CRITICA A LA TEORIA ECONOMICA BURGUESA

Alonso Aguilar M.

Paul A. Baran

Antonio García

Arturo Guillén

Eric Hobsbawm

H. Malavé Mata

Osvaldo Martínez

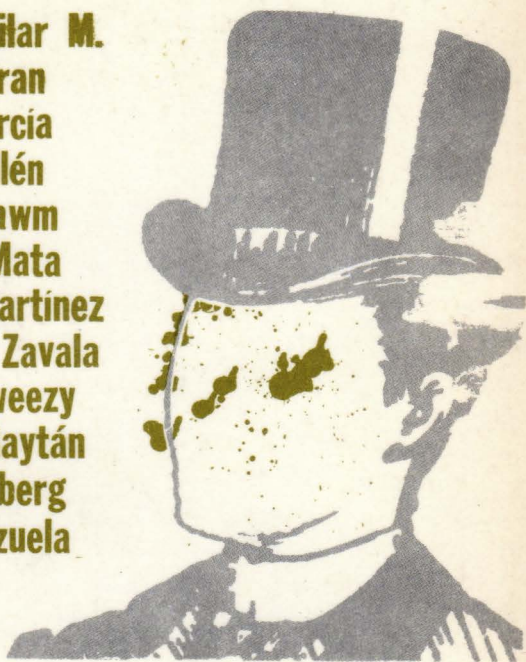
D. F. Maza Zavala

Paul M. Sweezy

R. Torres Gaytán

I. Trachtenberg

José Valenzuela



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

CRITICA A LA TEORIA ECONOMICA BURGUESA

ALONSO AGUILAR M., PAUL A. BARAN, ANTONIO GARCÍA,
ARTURO GUILLÉN, ERIC HOBSEBAWM, H. MALAVÉ MATA,
OSVALDO MARTÍNEZ, D. F. MAZA ZAVALA, PAUL M.
SWEETZ, R. TORRES GAYTÁN, I. TRACHTENBERG, JOSÉ
VALENZUELA

Selección y prólogo
por ARTURO GUILLÉN



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: TEORÍA E HISTORIA

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Ave. Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

ISBN. 968-427-002-0

Primera edición: 1978

Selección y prólogo de
Arturo Guillén

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Í N D I C E

Prólogo por Arturo Guillén	7
Paul M. Sweezy, <i>La teoría de la innovación de Schumpeter</i>	9
I. Trachtenberg, <i>Keynes: la ocupación plena y la economía política burguesa</i>	19
Ricardo Torres Gaitán, <i>Capitalismo, keynesianismo y subdesarrollo</i>	53
Paul M. Sweezy, <i>Hansen y la crisis del capitalismo</i>	84
Alonso Aguilar M., <i>Las últimas décadas del pensamiento burgués</i>	91
Arturo Guillén, <i>El reformismo socialdemócrata de John Strachey</i>	117
Alonso Aguilar M., <i>El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith</i>	159
Paul A. Baran y Eric J. Hobsbawm, <i>Las etapas del crecimiento económico de W. Rostow</i>	196
Antonio García, <i>Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo</i>	214
José Valenzuela F., <i>Gunnar Myrdal: un liberal iconoclasta</i>	254
Alonso Aguilar M., <i>La invalidez de la teoría burguesa</i>	287
Héctor Malavé Mata, <i>La controversia monetarista estructuralista sobre la inflación</i>	303

D. F. Maza Zavala, <i>Aspectos conceptuales del sub-desarrollo y sus relaciones con el desarrollo</i>	339
Oswaldo Martínez, <i>La UNCTAD y la teoría económica internacional</i>	361
Arturo Guillén, <i>Hacia una crítica de los economistas burgueses mexicanos</i>	393

LAS ULTIMAS DECADAS DEL PENSAMIENTO BURGUES*

ALONSO AGUILAR

1) *Expresiones recientes del pensamiento económico*

Sería imposible en un breviario como el presente, aún examinar de prisa las corrientes teóricas contemporáneas de mayor importancia en el campo económico. Nos limitaremos, por lo tanto, a señalar la dirección principal de algunas de ellas, con el propósito de recordar los cauces que la ciencia económica parece haber tomado en el último cuarto de siglo.

Con el neclasicismo marshalliano llegó a su fin una larga etapa en que, frente a contados disidentes, el grueso del pensamiento académico de los economistas burgueses se desenvolvió en un marco unitario y armónico. Lo único que no exhibía armonía alguna era la realidad; pero la realidad, como hemos visto, poco o nada interesaba a la economía ortodoxa. A partir de Keynes, y sobre todo en los años posteriores a la aparición de la *Teoría General*, la unidad empezó visiblemente a quebrantarse ante el impacto de profundos desequilibrios, nuevas y legítimas aspiraciones de cambio social y hechos tan espectaculares como el triunfo del socialismo y el rápido desarrollo económico

* Fragmento del libro *Economía Política y Lucha Social*. México, Editorial Nuestro Tiempo.

en la URSS, la creciente hegemonía de los monopolios y la afirmación del capitalismo de estado en el "mundo libre", la devastación sin precedentes ocasionada por el nazifascismo y la segunda guerra mundial y el impulso de los movimientos de liberación nacional en Latinoamérica, Asia y Africa. El equilibrio económico dejó de darse por supuesto como algo inherente al sistema, y la preocupación ante una perspectiva de estancamiento invitó a replantear problemas fundamentales y aún a abandonar viejos dogmas. La depresión de los años treinta había desgarrado de tal modo al sistema que en todas partes se sentía la necesidad de explicar lo acontecido, y sobre todo de evitar su repetición, de garantizar un desarrollo satisfactorio e incluso de convencer a millones de seres de que los sacrificios y las privaciones impuestas por la segunda guerra mundial no habían sido estériles.

¿Hacia dónde llevar el análisis económico, a partir del momento en que los hechos exhibieron de manera irrefutable la inconsistencia de la teoría? ¿Debía buscarse la solución de los nuevos problemas tratando de restaurar las condiciones vigentes en una etapa anterior? ¿Cómo lograr los altos y aun crecientes niveles de inversión necesarios para evitar el estancamiento? ¿Sería conveniente o aun indispensable recurrir a la planificación económica? Frente a éstas y otras interrogantes comenzaron a tomar cuerpo diversas posiciones que, de manera tosca y esquemática, recordaremos en las páginas que siguen.

2) *Retorno al liberalismo y al neoclasicismo*

Una posición consistió en sugerir que si las cosas se habían aparatado del viejo modelo surgido en la fase propiamente competitiva del capitalismo, más que ajustar el modelo a las nuevas realidades debíase modificar éstas y hacerlas funcionar como lo habían hecho en el pasado, aunque ciertos autores optaron por un retorno, no al liberalismo individualista sino al neoclasicismo tradicional y

otros se condujeron como si, en rigor, nada hubiera cambiado. El eje común de tales posiciones consistía en dos entidades íntimamente ligadas entre sí: el mercado libre y la acción soberana del consumidor. Si el capitalismo occidental lograba afirmarlas, restablecería también los mecanismos automáticos de ajuste que tan eficientemente habían operado a lo largo del siglo XIX. ¿Y qué decir de la planificación, de la que algunos empezaban a hablar con entusiasmo? ¿Era realmente una alternativa frente a las soluciones ortodoxas? Los economistas ultraliberales, que sin duda fueron a la vez los más conservadores, no lo creían así.

Ludwig Von Mises fue el primer economista europeo que, con un empeño digno en verdad de mejor causa, descargó sus prejuicios contra la planificación económica. A partir de la justa idea de que el socialismo significaría la liquidación del mercado y del mecanismo tradicional de los precios, desde 1920 sostuvo que bajo una economía planificada sería imposible tomar decisiones económicas racionales, pues no pudiendo hacerse un cálculo, tampoco podría determinarse qué producir, en qué cantidades, a través de qué métodos, etc. Asociando indisolublemente y de manera irracional la noción misma de racionalidad al capitalismo competitivo, Von Mises, expresaba:

Cada paso que nos separa de la propiedad privada de los medios de producción y del uso del dinero, nos aleja también de la economía racional... Y en seguida añadía: Sin cálculo económico no hay economía. Por consiguiente, en un estado socialista en el que es imposible efectuar cálculos económicos no puede haber conforme al sentido que nosotros le damos al término —ninguna economía... Lo único que puede hacerse [bajo el socialismo] es andar a tientas en la oscuridad. El socialismo significa la abolición de la economía racional.¹

¹ Cit. por Alonso Aguilar M., en *Apuntes de teoría y técnica*

Años más tarde, cuando la experiencia soviética demostró que la “imposibilidad” señalada por Von Mises sólo exhibía su incapacidad personal para comprender el funcionamiento de una nueva estructura económica, el profesor Von Hayek y otros economistas llevaron la crítica a un plano parcialmente distinto: en teoría, admitían, planificar era posible; pero en la práctica nunca podría tal sistema funcionar en forma adecuada, porque a fin de que los consumidores dispusieran libremente de su ingreso las autoridades económicas centrales —en ausencia del mercado— tendrían que hacer centenares de miles de operaciones, ya que “...a cada momento, cada decisión tendría que basarse en la solución de un número igual de ecuaciones diferenciales simultáneas, y esta sola tarea, con cualesquiera de los medios conocidos..., no podría acometerse en el curso de toda una vida...”²

Tal razonamiento, como se encargarían de demostrarlo los profesores Barone, Taylor, Lange, Landauer y otros,³ tampoco era válido, pero se utilizaría para reivindicar la teoría de la libre empresa, y para soslayar la realidad del capitalismo monopolista y crear la ilusión de que era posible volver al reino abstracto del equilibrio perfecto, si tan solo se dejaba al mercado y a los consumidores actuar espontáneamente y sin interferencia alguna. “En el mercado de una sociedad capitalista —sostenía Von Mises— el hombre común es el consumidor soberano cuyas compras o abstención de comprar determinan, en última instancia, qué producir, en qué cantidad y de qué calidad...” Concebido así el mecanismo de los precios, la propiedad privada y el control de los medios de producción resultaban una útil “función social”; y el capitalismo un

de la planificación económica, Edic., en mimeógrafo. Escuela Nacional de Economía, México, 1965.

² Cit. por el autor de este breviario en *Ibid.*, Cap. X.

³ Véase: F. Von Hayek y otros, *Collectivist economic planning*. Taylor y Lange, *On the economic theory of socialism* y F. Landauer, *Teoría de la planificación económica*.

sistema en que la explotación desaparecería como por encanto, hasta volverse un medio para "...proveer al hombre común de la oportunidad de gozar de los frutos del esfuerzo de otros..." "Lo que da a los individuos —creía firmemente el autor— tanta libertad como es compatible con la vida en sociedad es el funcionamiento de una economía de mercado. Las constituciones y las declaraciones de derechos no crean la libertad. Simplemente protegen aquella que el sistema económico competitivo otorga..."⁴

Quienes intentaban restaurar las condiciones de los viejos, buenos tiempos del capitalismo libre concurrencia, no sólo pretendían detener el proceso histórico sino revertirlo; trataban, estérilmente, de hacer retroceder al sistema por lo menos un siglo, sin reparar en los factores, en el fondo estructurales, que habían determinado el curso de las cosas.

3) *¡Muera la economía política! ¡Viva la soberanía del consumidor!*

A partir de los años de la segunda guerra mundial, las posiciones neoliberales tendieron —en una nueva variante de la *welfare economica*— a lograr el máximo bienestar social; pero en vez de que ello se tradujera al menos en discusiones serias en torno a cómo lograr un mejor reparto de la riqueza social, derivó en un formalismo abstracto y en un retorno al neclasicismo y el subjetivismo especulativo, que elevó las decisiones del consumidor al rango de un principio rector inviolable y soberano. "El consumidor, es, por así decirlo —expresaría el profesor Samuelson—, el rey... cada uno es un elector que usa sus votos para conseguir aquello que quiere que se haga..."⁵

⁴ L. Von Mises, *The anti-capitalist mentality*. Londres, 1956, pp. 40 y 99-100.

⁵ Paul A. Samuelson, *Economics*, Cit. por J. K. Galbraith, en *The new industrial state*, Nueva York, 1967, p. 221.

Y el profesor inglés Hicks, siguiendo en parte a Samuelson, afirmaría:

... Marshall sigue siendo un clásico; casi todo lo que él dice en su Libro III mantiene su validez... 'Si el objetivo general del sistema económico es la satisfacción de las necesidades individuales y si la satisfacción de las necesidades individuales se concibe como la maximización de la utilidad, ¿no puede concebirse el objetivo del sistema como la maximización de la utilidad, de la utilidad universal, como la llamó Edgeworth?'⁶

Tal formulación, en realidad, que, como dice Dobb puede considerarse una "prima cercana" de la teoría subjetiva del valor, pretende ser aplicable a cualquier sistema económico, aunque sus principales teoremas no van "más allá del reino de la tautología." Sus enunciados —que al igual que en otros esquemas neoclásicos exhiben una lógica interna cuya única falla consiste en que no tiene relación alguna con la realidad— son sencillos: lo que interesa maximizar es el bienestar social, el que se identifica a la suma de las satisfacciones de los deseos de cada consumidor; el deseo de éstos se expresa a través del mercado y del mecanismo de los precios, lo que asegura que los consumidores puedan decidir y expresar "libremente" lo que prefieren adquirir y, en consecuencia, la forma en que deban utilizarse y combinarse los recursos productivos para lograr una producción que permita satisfacer la demanda.

La democracia "económica" que esta doctrina postula, no tiene mayor realidad que la democracia "política" que suele asociarse al funcionamiento de los regímenes electorales tradicionales. En ambos casos el sufragio es un derecho de *clase*; se *vota* con dinero, o lo que es lo mismo, se *compran* los votos, —lo que no es, por cierto, ni democrático ni justo; y al margen de la influencia que en las

⁶ J. R. Hicks, *Revisión de la teoría de la demanda*, México, 1958, pp. 13 y 18.

decisiones de los consumidores ejercen los diferentes niveles de precios y sobre todo el abismo que separa los ingresos de ricos y pobres, la doctrina que examinamos da por supuesto un régimen de competencia perfecta que la teoría moderna ha postergado y que en la práctica nunca existió.

Recordando una vieja y justa crítica, Barbara Wooton señala que "...en la urna del mercado se permite votar varias veces..."; y lo que es más grave: —cabría añadir— mientras unos votan tanta veces como quieren, otros no pueden siquiera concurrir a la casilla a ejercer su función de "elector" o sólo ofrecen, a cambio de su derecho a votar, una parte de lo que los "electores" más prósperos pueden pagar. Parecería que, más que tratarse de un mecanismo democrático, la "elección" de que nos habla se asemeja a un sorteo en que todos tienen el "mismo" derecho a participar, pero en donde las desigualdades económicas determinan, en última instancia, que muchos no puedan siquiera comprar el billete y por tanto aspirar al premio, pues por "democrática" que una lotería sea, nadie obtienen en ella un premio sin comprar billete. Precisamente por eso los críticos de la teoría de referencia advierten "...que... la demanda monetaria de un artículo [es] un índice muy inseguro de la intensidad con que éste se desea, [y] desechan a menudo con sarcasmo la primera premisa de la teoría de la soberanía del consumidor."⁷

Podrían hacerse otras muchas y no menos fundadas objeciones a tal teoría: desde recordar que en una economía de monopolios y oligopolios la soberanía se desplaza del consumidor al productor, o sea del comprador al vendedor, hasta subrayar que el mercado, el mercado que conocemos, no el que han ideado los economistas ortodoxos anteriores y posteriores a Keynes, más que ser un mecanismo que asegure máxima racionalidad al proceso económico es una expresión de creciente irracionalidad, como dramá-

⁷ Barbara Wooton, *Libertad con planificación*, México, 1946, p. 80.

ticamente lo comprueban el subdesarrollo, y el volumen enorme del desperdicio, la publicidad, el desempleo y la militarización de la economía en los países capitalistas.⁸

En resumen, en las más recientes versiones de la “economía del bienestar”, la Economía pierde su carácter de ciencia social; acaba por divorciarse totalmente del proceso económico; deja de referirse a relaciones e interrelaciones humanas, y se convierte, como ya vimos en la definición del profesor Robbins, en una disciplina “de la conducta”, preocupada esencialmente por las “preferencias de los consumidores” y por la eficacia en el logro de ciertos fines, sin que importe la naturaleza ni el alcance de éstos. Conforme a tal concepción no es extraño que Von Mises escriba: “De la Economía Política de la escuela clásica emerge la teoría general de la acción humana... la Economía deviene así una parte, aunque hasta ahora la más elaborada de una ciencia universal: la praxeología.” O, dicho en las palabras del profesor Lange: “...la Economía Política deja de ser una ciencia empírica que se ocupa de fenómenos reales y se convierte en una ‘lógica de la elección’ formal, en la que el único criterio para establecer la verdad es el acuerdo entre los teoremas y los axiomas adoptados.” “El estudio de las leyes económicas que operan en la realidad objetiva es

⁸ M. Dobb destaca, entre otras limitaciones, que la teoría se desenvuelve en un marco estático, interesándose sobre todo en “la elección óptima entre distintas posiciones de desequilibrio”, sin reparar en los problemas fundamentales que plantea el proceso de desarrollo. Cuando el debate se traslada a un marco dinámico, surgen tres diferencias principales: a) Las interdependencias de rama o sector, que en la teoría del equilibrio asumen la forma de “economías externas”, adquieren gran importancia en la teoría del desarrollo, ya que el cambio en un sector de la economía depende de cambios simultáneos en otros; b) el curso mismo de sus perspectivas, y c) ciertos elementos que figuran como datos *dados* en la teoría del equilibrio, se tornan variables —e incluso variables dependientes— en la teoría del desarrollo. Véase M. Dobb. *Economic growth and planning*, Cambridge, 1959. Los estudiantes que tengan interés en eu tema, pueden encontrar una breve referencia al mismo en mis *Apuntes de teoría y técnica de la planificación económica*, Capítulo X.

reemplazado por la formulación de principios praxeológicos de conducta”⁹ que aseguren la obtención de la máxima utilidad.

Con razón dice el propio autor que “la transformación de la economía subjetiva en una rama de la praxeología —transformación que para algunos marca el momento en que la Economía llega a su mayoría de edad— es el último paso en el proceso de liquidación de la Economía Política.”¹⁰

Lord Keynes, como hemos visto, llega a la conclusión de que, dejado a su suerte, el capitalismo puede no ser capaz de utilizar plenamente los recursos productivos. Hansen va un poco más lejos, y al comprobar que no están ya presentes las condiciones que en otras épocas actuaron como estímulo a la inversión, afina la teoría del estancamiento y trata de encontrar las formas prácticas, la política económica a que deba recurrirse para mantener un alto nivel de ocupación. Los liberales ortodoxos se aferran a la ilusión de que sólo revirtiendo el proceso, o sea reviviendo los ya lejanos días del *laissez-faire* será posible escapar a la inestabilidad, las crisis y el estancamiento, y los praxeólogos del “bienestar”, en vez de empeñarse laboriosamente en desatar el nudo gordiano de la Economía, optan por cortarlo, pues a ello equivale romper todo vínculo con la realidad. Y en lugar de avanzar hacia el futuro, encarar con decisión los problemas presentes o siquiera retroceder y buscar soluciones en el pasado resuelven evadir los hechos, olvidarse de ellos y hacer de la economía teórica una dimensión imaginaria, un juego abstracto y esotérico de números y fórmulas, cuya supuesta universalidad no impide servir los muy concretos y con frecuencia no menos mezquinos intereses de la clase en el poder.

Mientras los economistas del “bienestar” toman ese extraño camino en el que nadie debe inquirir de dónde se viene o a dónde se va, en el que el origen y el fin de la acción,

⁹ Oscar Lange, pp. 239 y 240.

¹⁰ *Ibid.*, p. 247.

y aun las causas que determinan y las leyes que rigen los fenómenos sociales se dejan de lado, para reparar únicamente en los medios, en medios que irónicamente se suponen escasos aunque en la realidad sean objeto de crónico y dramático subempleo, otra corriente, más cercana al keynesismo, reintroduce al análisis sistemático ciertos problemas del crecimiento económico a largo plazo.

4) *El modelo macroeconómico de Harrod-Domar*

La corriente de que hablamos toma cuerpo, principalmente, en la obra de Roy F. Harrod y Evsey D. Domar, y adopta la forma de un modelo de crecimiento, no de una teoría del desarrollo.

Lo que importa a estos autores no es cómo expandir las fuerzas productivas y modificar el cuadro estructural o siquiera institucional propio de un país económicamente atrasado, sino determinar cuáles son las condiciones necesarias para mantener, a largo plazo, un alto nivel de empleo.¹¹ El modelo parte, en consecuencia, de que la ocupación plena existe, y aun supone como constantes, relaciones tan importantes como la tasa de ahorros y el coeficiente de capital.

Tanto Harrod como Domar subrayan el doble papel de la inversión en el proceso económico: generar ingreso y estimular la demanda, por un lado, y por el otro expandir la capacidad productiva y la oferta. Ambos autores son conscientes, además, de que, dada esa doble influencia ejercida por la inversión, el equilibrio "dinámico" del sistema sólo puede lograrse en tanto el crecimiento del ingreso corres-

¹¹ En las palabras del profesor Domar: "Nuestro problema puede... formularse así: suponiendo, como punto de partida, que la producción y la capacidad de producción se hallen en equilibrio, ¿Bajo qué condiciones podrá preservarse a lo largo del tiempo ese equilibrio?" O en otras palabras: ¿a qué tasa debieran ambos crecer para evitar tanto la inflación como el desempleo? E. D. Domar, *Essays in the theory of economic growth*, Oxford University Press, 1957, p. 19.

ponda a la ampliación de la capacidad productiva, pues de no ser así, las relaciones entre el ahorro y la inversión sufrirán desajustes que se traducirán unas veces en fuertes presiones inflacionarias y otras en descensos de la producción y el nivel de empleo.

Planteado así el problema los autores de referencia formulan dos ecuaciones que, si bien difieren en los símbolos que emplean y en ciertos aspectos secundarios, responden en el fondo a la idea común —a la que, a propósito, arribaron casi simultáneamente y con independencia uno del otro—, de que, supuestas una tasa determinada de ahorro o inversión (s) y un coeficiente de capital (Cr), o relación capital-producto, el ingreso debe aumentar a un ritmo que asegure la utilización de la creciente capacidad de producción, es decir, a una tasa que, en la expresión de Harrod (*warranted rate of growth*) “garantice” el pleno empleo de esa capacidad.¹² De donde resulta la ecuación del “crecimiento equilibrado”, o sea: $Gw Cr = s$.¹³ En el modelo del profesor Domar la ecuación correspondiente toma otra forma, aunque expresa en realidad el mismo proceso:¹⁴ $\frac{\Delta}{I} = \alpha \sigma$.

¹² R. F. Harrod, *Towards a dynamic economics*, Londres, 1948 p. 81.

¹³ Cabe hacer notar que Cr denota el coeficiente de capital que se requiere para garantizar el equilibrio, o sea la relación resultante de dividir el capital necesario entre el incremento de producción que con él se espera lograr. Este concepto “descansa en la idea de que la producción existente puede sostenerse en el capital existente, en tanto que, para sostener una producción adicional se requiere un capital adicional.” De acuerdo con ello: “ Cr es, naturalmente, una noción marginal”, que puede no ser igual al coeficiente medio de capital. Y, sin embargo, agrega Harrod, siendo Cr una condición del crecimiento estable, “tenemos que suponer que... no cambia al incrementarse el ingreso...” *Ibid.*, pp. 82 a 84.

¹⁴ Aquí $\frac{\Delta}{I}$ o sea la tasa de crecimiento del ingreso, es igual al producto de la tasa de inversión (α) y la relación producto capital o sea σ .

Lo que aquí se supone es un sistema de relaciones en que el incremento anual de la capacidad de producción crece al mismo ritmo que el ingreso; es decir: la tasa de inversión aumenta al ritmo que lo hace la tasa de crecimiento del ingreso, pues éste es un múltiplo de aquélla. De donde se deduce que "...el mantenimiento de un estado continuo de plena ocupación requiere *que la inversión y el ingreso crezcan a una tasa anual relativa (a interés compuesto) igual al producto de la propensión a ahorrar y la productividad media de la inversión*",¹⁵ o sea la relación producto-capital.

El logro de esta tasa de crecimiento, necesaria para mantener el equilibrio, no es sencillo. Requiere un proceso acumulativo en que —como señala Domar— la economía se expande continuamente. Harrod reconoce, por su parte, que tal proceso es inestable, ya que ciertas "fuerzas centrífugas" actúan para alejar al sistema de la tasa que garantiza el equilibrio (Gw), y hacer que ésta no coincida con la tasa real (G), o con la "natural" de crecimiento (Gn), o sea aquella permitida por el "incremento de la población y el progreso técnico...", es decir, de la producción per cápita¹⁶ lo que trae consigo continuos desajustes.

Ambos admiten a la vez, sin embargo, que el crecimiento equilibrado es posible, aun en casos en que ciertos factores —Domar alude concretamente a los monopolios— impidan emplear debidamente el capital o la mano de obra disponibles, gracias al efecto combinado y compensador del multiplicador y el principio de aceleración, o sea lo que Hansen llama: "*leverage effect*", proceso en el que una inversión primaria o autónoma incrementa el nivel de empleo y de ingreso, y a la vez determina un aumento del ingreso y una expansión "inducida" o "derivada" de la inversión.

Pese a la aparente armonía del modelo que examinamos, su estructura interna ha suscitado múltiples y serias dudas. Al margen de que, como dice el propio Domar,

¹⁵ E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 90-92.

¹⁶ R. F. Harrod, *Ob. cit.*, pp. 86 a 87.

se trata de un modelo "simbólico y altamente simplificado", que obviamente no incluye factores esenciales en el proceso de desarrollo —y que debiera por tanto ser visto como solamente uno de los extremos de "...un puente, cuya construcción nos llevara algún día a una teoría razonable del crecimiento"—,¹⁷ los elementos mismos del modelo no son, ni mucho menos, irrefutables.

Los teóricos del crecimiento —señala, por ejemplo, uno de sus críticos— deberían demostrar por qué Cr y s son constantes e invariables... Mientras esto no sea explicado las conclusiones evidentes, aunque expresadas de un modo complejo que producen una gran impresión, con el empleo de terminología especial, con la traducción del álgebra al idioma inglés y a la inversa, permanecen sólo como declaraciones no comprobadas.¹⁸

Desde un enfoque similar podría objetarse alguno otro de los supuestos en que descansa el modelo, y, acaso especialmente, la suposición de que la inversión opera en forma automática, sin rezagos debidos a ajustes necesarios y aun a desajustes inevitables. En ese y otros aspectos prevalece un mecanicismo, por desgracia frecuente en ciertos análisis económicos, que en buena medida condiciona sus resultados. A. Fainisky considera que "la conclusión más importante... consiste en que el ritmo garantizado del crecimiento es una magnitud constante (ya que s y Cr son, a su vez, también constantes), lo que significa que el desarrollo estable que asegura el empleo total es posible —según la teoría del profesor Harrod— únicamente en el caso de que el ingreso crezca en una progresión geométrica..." o sea a un ritmo cada vez más

¹⁷ E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 18-19.

¹⁸ J. C. Jauger, *American Economic Review*, marzo de 1954, p. 59. *Cit.* por A. Fainisky, en *Crítica de las teorías neoclásicas y keynesiana* (Ediciones Historia y Sociedad), México, 1967, p. 70.

rápido.¹⁹ El mismo autor, tras de recordar que, como se ha señalado a menudo, el modelo es demasiado general, añade que al propio tiempo tiene un alcance limitado, particular, ya que “refleja sólo una parte del problema de la realización social, o sea, el... de la parte de la plusvalía que se acumula...”²⁰ A lo que podría agregarse que, al margen de su alcance, el modelo sugiere que todo el proceso de reproducción y de formación del capital se desenvuelve en un marco de relaciones uniformes que no se da en la realidad y que resulta inadecuado en un análisis que pretende ser dinámico. La incompreensión de las relaciones reales existentes entre las variables de que se hace depender el equilibrio, es probablemente el origen de las fallas principales: de la rigidez y el formalismo del modelo, de que el progreso técnico se divorcie de la acumulación de capital y se convierta artificialmente en un factor autónomo del crecimiento, de que el incremento de la producción se asocie a la acción aislada de cierto coeficientes marginales y de que la compleja, cambiante, contradictoria interinfluencia de la inversión y el ingreso o la producción y el consumo, se sustituya por indicadores fijos, pretenciosamente exactos, que sólo una mágica combinación del multiplicador y el acelerador podría producir.

No obstante la fe de sus autores en la capacidad del sistema para crecer indefinidamente en el futuro, es tal la distancia que separa la anarquía capitalista real de las condiciones ideales del “equilibrio dinámico”, que más bien podría pensarse en que el modelo Harrod-Domar demuestra la imposibilidad del sistema de lograr un equilibrio a largo, o incluso a corto plazo, que suponga un nivel de ocupación plena. A este respecto es interesante la opinión de la señora Robinson, cuando señala que la diferencia observada por Harrod entre la tasa actual de crecimiento y la tasa “natural”, podría servir de base a

¹⁹ *Ibid.*, p. 65.

²⁰ *Ibid.*, p. 68.

un fructuoso análisis de la tendencia al estancamiento de la economía norteamericana, como posible consecuencia "de la incapacidad de la industria para expandir la oferta de empleos al ritmo al que crece la fuerza de trabajo."²¹ Pero el seguir esta vertiente probablemente conduciría no sólo a rutas que "se alejan alarmantemente del trillado camino del análisis del equilibrio", sino incluso al campo de la teoría marxista de la acumulación del capital, pues es al través de ésta como puede entenderse por qué la industria capitalista es incapaz de garantizar la ocupación plena aun en las fases de prosperidad.

Algunos autores sostienen que el análisis de Harrod-Domar, precisamente por ser dinámico, resulta especialmente útil para los países subdesarrollados. Así, el profesor Higgins comenta que el ensayo de Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, "contiene los atributos principales de una teoría realmente dinámica", pues explica tendencias seculares, o sea aquello que constituye la "característica distintiva de una economía dinámica."²² Si bien las adiciones del economista inglés y del profesor Domar—sobre todo en torno a la capacidad productiva y a la influencia de sus cambios sobre el crecimiento del ingreso— implican una adaptación del instrumental keynesiano a ciertos problemas del desarrollo, los más importantes, o sea los de carácter propiamente estructural, quedan casi totalmente al margen del "crecimiento equilibrado". En efecto, en ningún momento se repara en los cambios cualitativos de las relaciones de producción, en la estructura de clases, en la dependencia y menos aún en su interinfluencia o en la forma en que, conjunta y separadamente, influyen sobre la dinámica global y sectorial del proceso económico en un país en desarrollo, como tampoco se examina la composición de la inversión ni los desplazamientos de recursos reales que supone el logro del "equilibrio dinámico" y los serios problemas que tal des-

²¹ J. Robinson, *Economic philosophy...*, pp. 108-109.

²² Benjamín Higgins, *Economic development*, Nueva York, 1959, p. 145.

plazamiento plantea.²³ Esto no sólo es claro para muchos economistas del tercer mundo, sino que es también reconocido en las naciones industriales, por los investigadores más objetivos:

Los modelos agregados —indica el profesor Perroux, refiriéndose precisamente a los de Harrod, Domar y Hicks— que no prestan ya grandes servicios a la política económica de los países desarrollados, son completamente inadecuados para los países subdesarrollados... Es conveniente criticar esos modelos en forma explícita y analítica porque están demasiado difundidos..., [y] son peligrosos para las economías mal articuladas, dependientes y que sufren ese injustificable desperdicio de fuerzas humanas que resulta provechoso para las clases dominantes.

La liberación completa de estas economías necesita no sólo de energía política; exige también herramientas intelectuales apropiadas, que sólo podrán ser forjadas por los mismos interesados.²⁴

Si bien tal afirmación es incontrovertible, parece igualmente innegable que el sistema de análisis Harrod-Domar ha ejercido bastante influencia, sobre todo en los planteamientos oficiales en boga en no pocos países subdesarrollados, derivando a menudo en inaceptables y tendenciosas simplificaciones, que a la postre sólo han servido para justificar la dependencia tecnológica y financiera respecto al exterior, y la incapacidad de la clase dominante para movilizar y utilizar mejor los recursos disponibles. La influencia de que hablamos se ha producido a veces directamente y, acaso en mayor medida, al través

²³ Una crítica interesante en torno a esos problemas es la de Adolph Lowe: "Structural analysis of real capital formation", en, *Capital formation and economic growth*. Princeton University Press, 1955.

²⁴ *Los modelos matemáticos del crecimiento*. Cit. por Jorge Bravo Bresani en *Desarrollo y subdesarrollo*, Lima, 1967, p. 112.

de planteamientos teóricos y recomendaciones prácticas que no sería difícil encontrar en los trabajos de economistas como Arthus Lewis, Nurkse, Rosenstein-Rodan, Mandelbaum, Leibenstein, Kindleberger, y aun Tinbergen, Prebisch, Singer, Myrdal y otros.

Incluso no han faltado quienes, atraídos probablemente por la simplicidad del modelo, pretendan utilizarlo con fines de planificación, como si las transformaciones estructurales que ésta supone pudieran escamotearse y sustituirse con sencillas combinaciones aritméticas y un buen equipo de computadoras electrónicas.

5) *Los modelos de Kaldor y Sraffa.*

No podríamos detenernos, en este pequeño libro, a examinar los supuestos en que descansan y el *modus operandi* de otros modelos macroeconómicos formulados en años recientes; nos limitaremos a hacer una breve referencia a dos de ellos, a saber: los elaborados por los profesores Nicholas Kaldor y Piero Sraffa.

Kaldor parte del señalamiento de que el análisis teórico del crecimiento económico no debe limitarse a tomar como parámetros la propensión al ahorro, la corriente de innovaciones y el aumento de la población, y a establecer las relaciones que supuestamente deban darse entre ellos para hacer posible una tasa sostenida de desarrollo global. Hoy se conoce que tales parámetros no son variables independientes respecto a la tasa de crecimiento de la producción, sino que ésta es el fruto de "la interacción recíproca de fuerzas que sólo pueden representarse adecuadamente en forma de simples relaciones funcionales, más que a través de relaciones constantes." Con base en algunas de esas relaciones funcionales —que de ser posible deben comprobarse empíricamente—, el profesor Kaldor construye un modelo en el que la tasa de crecimiento del ingreso real del sistema depende, cuando la ocupación es constante, de los cambios en el nivel de productividad, y cuando es

variable, de la acción combinada de dicho factor y de la proporción en que se modifique el volumen de la población económicamente activa.

El modelo de Kaldor puede considerarse similar al de Harrod-Domar, aunque en ciertos aspectos exhibe modalidades propias que lo apartan de él, y en general de la corriente keynesiana. El propio autor señala como rasgos específicos, a la vez que supuestos importantes de su análisis, los siguientes:

1) Que en una economía en expansión, el factor que en un momento dado limita el nivel general de producción es la disponibilidad de recursos y no la demanda efectiva; lo que implica considerar que, en un modelo de crecimiento a largo plazo, no puede trabajarse sobre la hipótesis del equilibrio keynesiano, en que hay subempleo de recursos.

2) El modelo no distingue entre los cambios en la técnica y en el nivel de productividad que puedan resultar de alteraciones en la relación capital-trabajo, de aquellos que procedan de ciertas innovaciones. Supone una estrecha relación entre la acumulación y el avance técnico y un estado de cosas en que la lentitud o rapidez de tal avance expresa, respectivamente, una baja o una alta tasa de formación de capital.²⁵

3) El motor principal del proceso económico es “la

²⁵ A diferencia de otros autores, que asignan al avance tecnológico el carácter de una variable independiente que opera al margen y aun por encima de la acumulación de capital, el profesor Kaldor califica tal posición de “arbitraria y superficial” y expresa: “...en vez de suponer que una tasa dada de incremento de la productividad se atribuya a un progreso técnico que, por así decir, se superpone al crecimiento de productividad resultante de la acumulación de capital, postularemos una sola relación entre el crecimiento del capital y de la productividad que incorpora la influencia de ambos factores”. N. Kaldor, “A model of economic growth”, *The Economic Journal*, Londres, diciembre de 1957. (Casi todas nuestras referencias al modelo del profesor Kaldor se basan en el examen de este ensayo, del que, a la vez, proceden las citas textuales que hacemos de opiniones del autor).

aptitud para absorber el avance técnico, combinada con la decisión de invertir capital en los negocios". Para que la producción crezca —señala Kaldor— es preciso que lo haga también la capacidad de producción, lo que a su vez supone cierta confianza en que el mercado se ensanche. O en otras palabras, el crecimiento sostenido requiere que la producción aumente a consecuencia de la inversión y que ésta lo haga, a su vez, en respuesta al incremento de la producción, lo que en realidad exhibe la interacción de las dos funciones esenciales del modelo, es decir: la de progreso técnico y la de inversión. Esta última descansa también en ciertos supuestos que, en resumen, "implican... que la inversión de cualquier periodo sea función, por un lado del cambio habido en la producción en el periodo previo, y por el otro, del cambio en la tasa de ganancias del capital invertido..."

4) La política monetaria juega un papel "puramente pasivo", en el sentido de que la tasa de interés se mueve, a largo plazo, de acuerdo con la tasa de ganancia, y, por último,

5) El modelo no considera los desplazamientos en la selección de técnicas que puedan resultar de cambios en la importancia relativa de las utilidades y los salarios y de alteraciones en la tasa de ganancias, o específicamente, en la tasa de interés.

La aplicación del modelo a la realidad capitalista permite, según el profesor Kaldor, observar que el sistema ha recorrido dos fases cuyas características difieren apreciablemente entre sí. En la primera de ellas se opera un gran incremento de productividad, elevándose en forma "dramática la función de progreso técnico" y con ella el ahorro, la inversión, la relación capital-producto y la tasa de crecimiento demográfico, en tanto que los salarios reales quedan a la zaga del aumento de productividad y de las ganancias.

Mas a partir del momento en que el capital alcanza el nivel "deseado", el comportamiento del sistema cambia

sustancialmente: aquí ya no son las ganancias un excedente sobre los salarios sino más bien éstos los que se convierten en un residuo, o sea en la diferencia entre la producción y la tasa de ganancias que resulte, “a la manera keynesiana, de las propensiones a invertir y ahorrar.” En adelante, los salarios aumentarán, “automáticamente”, al ritmo a que lo haga la productividad; y como el sistema “tenderá a una posición de equilibrio, en que la tasa de crecimiento del capital sea igual a la de crecimiento del ingreso, la relación capital-producto y la tasa de ganancias tenderán también a ser constantes...”

Todo lo cual demuestra, a juicio del profesor Kaldor, que la concentración de la producción no tiene como contrapartida un aumento en la tasa de ganancias (respecto al ingreso), y que su participación ha inclusive disminuido en décadas recientes y es menor que a fines del siglo XIX. “Y pese a la extraordinaria severidad y duración de la depresión de los años treinta, el problema de ‘realización de la plusvalía’ no parece ser hoy más crónico que en tiempos de Marx.”

Más adelante volveremos sobre esta importante cuestión. Aquí sólo señalaré que, como han dicho Baran y Sweezy, lo conclusión del profesor Kaldor parece indicar cierta “confusión conceptual” de su parte, pues toma la ganancia de los capitalistas en una acepción muy restringida y no como análoga al excedente, y por el otro, basa su juicio en estadísticas que excluyen de las ganancias la parte de éstas que no se invierte ni se consume, pero “cuyas huellas en los registros estadísticos se expresan paradójicamente en el desempleo y el exceso de capacidad productiva.”²⁶

El modelo del profesor Sraffa es diferente del anterior y, en general, de los del tipo Harrod-Donnar, y en vez de desenvolverse en el marco de la teoría marginalista vuel-

²⁶ Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966, pp. 75 a 76. Hay traducción al español, Siglo XXI, editores.

ve, en cierto modo, a algunos de los planteamientos fundamentales de la escuela clásica. En efecto, repara en aquellas modalidades del proceso económico que “no dependen de cambios en la escala de producción o en las proporciones en que se combinan los “factores.”²⁷ y aunque en él no se discute “la teoría marginalista del valor y la distribución”, su autor considera que “puede servir de base para una crítica de tal teoría”.

Sraffa elabora, en primer término, un modelo de reproducción simple muy sencillo, en el que sólo se producen e intercambian dos bienes que juegan a la vez el papel de medios de producción y de sostenimiento de quienes los producen, y cuyos valores de cambio dependen de las relaciones de producción existentes entre los mismos.

En segundo término, el autor formula una hipótesis en que, al final del proceso, la producción es mayor que al principio, o sea en la que hay un excedente, y en la que los precios se fijan conforme a nuevas relaciones de cambio que permitan la reposición de los insumos —materias primas, salarios, etc.— así como una tasa de ganancias proporcional a los medios de producción, o sea el capital invertido en cada actividad. Los precios o valores de cambio de los productos “básicos” (que para el autor son aquellos que directa o indirectamente intervienen en la producción de *todas* las mercancías), “... dependen tanto del *uso* que se haga de ellos en la producción de otros productos básicos, como de la medida en que tales mercancías entren en su producción”.

Sraffa supone que el ingreso nacional o producto neto consiste en un conjunto de mercancías o en una “mercancía compuesta” que equivale a la unidad y que se reparte en salarios y ganancias que, a su vez, oscilan entre 1 y 0. Cuando los salarios son iguales a 1, ello significa que ab-

²⁷ Las citas que en este apartado hacemos de la teoría de Sraffa proceden de su ensayo *Production of commodities by means of commodities*, Cambridge University, 1960. Hay traducción al español. Editorial Oikos, Barcelona.

sorben todo el ingreso y que, por tanto, no hay utilidades. En tal caso los valores de las mercancías dependen de las cantidades de trabajo que, directa e indirectamente, se emplean para producirlas. Pero ante cualquier descenso relativo de los salarios surgen las utilidades y se alteran las relaciones previas, debido a “las diferentes proporciones en que se utilizan trabajo y medios de producción en las diversas actividades”, explicación que, por cierto, coincide fundamentalmente con la dada por Marx al introducir el concepto de “precios de producción”.

Si tales proporciones no cambiaran, las precios relativos permanecerían al nivel original; mas apenas se modifican, la escala precia resulta digamos “deficitaria” para ciertas actividades y “superavitaria” para otras. Lo primero ocurre a aquellas en que la proporción de salarios a medios de producción es más baja y lo segundo a aquellas en que, por el contrario, dicha proporción es más alta. Entre unas y otras hay una especie de línea fronteriza de equilibrio, en la que la proporción de salarios a medios de producción es la que permite que “el producto de la reducción de salarios provea exactamente lo que se requiere para cubrir las utilidades a la tasa general prevaleciente”.

De haber alguna actividad —prosigue el autor—: 1) que empleara trabajo y medios de producción en esa proporción, de modo que un descenso de los salarios —a los precios iniciales— produjera el equilibrio entre salarios y ganancias, 2) suponiendo, además, que el conjunto de los medios de producción empleados en ellas fueran a su vez producidos por trabajo y medios de producción repartidos en la misma proporción, y 3) por último, que éstos se obtuvieran de la misma manera, y así en cada uno de los bienes precedentes, el valor de la mercancía obtenida en tal actividad no se alteraría a consecuencia de un alza o baja de los salarios.

¿Existe en la realidad una mercadería semejante? Sraffa considera que, individualmente, no la hay; pero que una “mercancía compuesta” —cuya construcción parece viable— podría hacer sus veces y aun resultar más flexible y ade-

cuada. Para ello tendría que determinarse, a través de un sistema de ecuaciones simultáneas, una relación o proporción entre las diversas mercancías que resultara igual para la composición del producto y de los medios de producción.²⁸ Tal relación o *ratio* es clave en el sistema *tipo* de que hablamos, pues una vez establecida en términos físicos a cierto nivel (digamos 1:2 o 1:4), las variaciones de precios o de salarios no la harían cambiar. ¿Pero cuál es —pregunta el profesor Meek— "...el mecanismo mágico que nos ha permitido obtener este sorprendente resultado? Este se ha logrado porque las fracciones elegidas como multiplicadores del sistema fueron astutamente seleccionadas, para que en el nuevo sistema resultante la proporción en que las dos mercancías se producen (20:500), fuera la misma a aquélla en que ambos bienes integraban los medios de producción (16:400)."²⁹ O como dice el autor del modelo: "los multiplicadores deben ser tales que las cantidades que resulten de las diversas mercancías exhiban en el lado derecho de las ecuaciones (esto es, como productos) las mismas relaciones que en los agregados de la izquierda (o sea como medios de producción)."³⁰

Ahora bien, ¿cómo se dividiría el producto neto entre salarios y utilidades y cómo se determinaría la tasa de éstas? De acuerdo, nos dice el profesor Sraffa, con la proporción en que tales utilidades concurrieran en dicho producto, ya que esa misma proporción se mantendría respecto a la relación *tipo* (*standard ratio*), o sea la existente entre el producto neto y los medios de producción. Es

²⁸ Refiriéndose a un sistema de tres productos, el profesor Sraffa da como ejemplo el caso en que la relación de cambio fuera: 1 unidad de hierro: 1.5 de carbón: 2 de trigo, y en que, por consiguiente, tales productos participaran respectivamente con 180: 270: 360 en la producción y con 150: 225 y 300 en la composición de los medios de producción. Véase, *ob. cit.*, pp. 19 a 21.

²⁹ Véase el interesante artículo de Ronald L. Meek: "La rehabilitación de la economía clásica realizada por Sraffa", *Investigación Económica*, México, enero-marzo de 1969, p. 17.

³⁰ *Ibid.*, pp. 24-25.

decir, si esta relación fuese de 20% y las ganancias absorbieran la cuarta parte del producto neto, la tasa correspondiente sería de 5%; en caso de participar con la mitad sería del 10% y, así, sucesivamente. Lo que demuestra, aquí también, que la tasa de ganancias es una relación de cantidades de mercancías que fácilmente puede establecerse si se conoce la magnitud de la relación *tipo* y de los salarios y que entre ellas y éstas hay una relación inversa que, diríamos nosotros, exhibe el irreductible antagonismo entre los capitalistas que perciben ganancias y quienes trabajan a cambio de salarios.

Tales relaciones no son exclusivas del sistema ideal o *tipo* elegido para la explicación del modelo. Existen básicamente en la realidad del sistema económico, aunque con proporciones o valores diferentes. Convencido de ello Sraffa se entrega a la no fácil tarea de demostrarlo y a comprobar que hay siempre una manera, y nunca más de una, de transformar un sistema económico dado en un sistema *tipo*: en otras palabras, que siempre hay ...un juego de multiplicadores que, si se aplican a las varias ecuaciones o actividades que componen el sistema lograrán modificarlas de tal modo que las relaciones existentes entre las mercancías que integran el conjunto de medios de producción y el producto total sean idénticas”.

¿Cuáles son el alcance teórico y la mejor manera de ubicar el modelo examinado en estas líneas? Las opiniones al respecto no son uniformes. Harrod, por ejemplo, observa cierta semejanza entre la primera parte de tal análisis y el esquema marxista de la reproducción simple; y aunque califica la publicación de la obra de Sraffa como un “notable acontecimiento” y como un trabajo de “gran originalidad”, con muchos pasajes de “hermosa elegancia”, repetidamente critica a su autor por no prestar atención al estudio de la “composición de la demanda de los consumidores” y al análisis de “la productividad marginal”. Piensa, inclusive, que en vez de llevar adelante su crítica a la economía marginalista, debería Sraffa acercar su

análisis al de la teoría tradicional, en algo así como un régimen de coexistencia pacífica.³¹

Napoleoni, por su parte, al mismo tiempo que reconoce que “el gran interés teórico de este análisis... consiste en el retorno explícito a la tradición clásica —en sus aspectos ricardiano-marxistas—...”, comenta que el sentido en que Sraffa emplea conceptos tales como el de beneficio, salario, consumo y otros es diferente, y aun sostiene que, para salvar las contradicciones en que incurrieron los clásicos, el autor “...lleva su análisis completamente fuera de la teoría del valor-trabajo... en la que, como parece más evidente en Marx, se encontraba el origen de las dificultades formales de la teoría clásica”.³²

El hecho, empero, es que el análisis de Sraffa implica un retorno a la tradición objetiva: al estudio de la mercancía, de la producción como el centro del proceso económico y de las relaciones de trabajo como relaciones sociales. El beneficio deja de ser la “justa” retribución de la “abstinencia” o la “espera” del capitalista y reaparece como un excedente, como una parte del valor creado por el trabajo. Y a partir de ese momento, aunque el razonamiento lógico de Sraffa no se acompaña de una fundamentación histórica semejante a la ofrecida por Marx, el fenómeno de la explotación entra de nuevo al escenario teórico de la economía y obliga a dar una explicación racional de la ganancia.

Es bien sabido que, en una economía capitalista, los precios se desvían de los valores correspondientes debido al efecto que ejerce la tasa de ganancia. Pues bien, “...si puede demostrarse —señala Meek— que la tasa promedio de utilidades está determinada por ...razones de trabajo..., podemos concluir... que las desviaciones de las

³¹ Véase el comentario de Roy F. Harrod a *Production of commodities*... aparecido en *Economic Journal*, Londres, diciembre de 1961.

³² Claudio Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo xx*, Barcelona, 1964, p. 178.

razones [o relaciones] de los precios de equilibrio respecto a las razones de trabajo incorporado, son a su vez una función de cantidades de 'trabajo incorporado'... 'Sraffa postula precisamente la misma relación entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones productivas de su sector estándar (o tipo)* que Marx a su vez postula entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones productivas en el sector de "composición orgánica de capital promedio"*. En realidad, lo que ambos economistas tratan de demostrar es que, dados los salarios, la tasa promedio de utilidades, y por lo tanto las desviaciones entre las razones de precios y las de trabajo incorporado, están determinadas por la razón de trabajo directo a trabajo indirecto en el sector cuyas condiciones de producción representan una especie de 'promedio' de las prevalecientes en el conjunto de la economía".³³

³³ *Ibid.*, pp. 20 y 22.

LA INVALIDEZ DE LA TEORÍA BURGUESA*

ALONSO AGUILAR

Antonio García inicia su estudio a partir de la convicción indudablemente justa, de que la teoría social burguesa no explica en forma adecuada el atraso latinoamericano ni menos aún ofrece solución a tal problema.

“El notable retraso en la formación de un pensamiento crítico en América Latina —señala nuestro autor— explica el hecho de que ésta hubiese tenido que adoptar, colonialmente, la teoría científico-social exportada por la metrópoli y configurada de acuerdo con su propio contexto histórico... y de acuerdo con los marcos singulares que definen el nivel de la *racionalidad científica*.”¹

...la *Teoría Metropolitana sobre el subdesarrollo y el desarrollo* llegó a la América Latina como parte de un vasto y articulado proceso de *modernización capitalista*. . . . expresándose en la forma de un *modelo político de desarrollo* destinado a los países atrasados y capaz de crear la ilusión del desarrollo sin modificar los términos estructurales de la *dominación* (relacio-

* Fragmento del libro *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*. México, Colección de Cuadernos del Seminario de Teoría del Desarrollo. IIEc-UNAM, 136 pp. Se trata de una discusión sobre el libro de Antonio García, *Atraso y dependencia en América Latina*. Argentina. Ed. El Ateneo.

¹ *Atraso y dependencia*..., *Op. cit.*, p. 27.

nes internas de clases sociales antagónicas) y de la *dependencia* (relaciones centro-periferia o nación hegemónica-países satelizados).²

Según el profesor García, los elementos fundamentales de la teoría metropolitana se recogen en forma de un modelo político en la teoría de Rostow, cuyos postulados principales son los siguientes:

- a) El subdesarrollo es un estadio por el que atraviesan todos los países;
- b) Consiste esencialmente en la carencia de recursos, y sobre todo de capital y tecnología;
- c) Supone, en consecuencia, bajas tasas de ahorro e inversión anteriores al *despegue*;
- d) Así como un elevado peso de las actividades primarias, y bajos niveles de producto por habitante.

El peso de las actividades primarias se expresa, principalmente, en la distribución económica del producto, la composición de las exportaciones y la estructura de la ocupación.

De acuerdo con lo anterior la teoría rostowiana concibe el desarrollo como un proceso lineal y ascendente —García lo califica como de tipo comteano— en el que, en fases sucesivas hasta llegar a los más altos niveles de crecimiento autosostenido, se elevan las tasas de ahorro e inversión tanto debido a la transferencia de recursos financieros desde la metrópoli como del incremento del ahorro interno. A lo largo de ese proceso, además, se racionaliza progresivamente el uso de los recursos productivos, lo que en cierto momento hace posible el *despegue* y más adelante el desarrollo autosostenido, sin necesidad de cambios estructurales que modifiquen cualitativamente el curso del proceso.

Como bien dice el autor "...las políticas de desarrollo que se derivan de este modelo son, estrictamente, las mis-

² *Ibid.*

mas que tienden a la consolidación histórica del *statu quo* y que se afirman sobre la posibilidad de desarrollarse sin cambiar las relaciones internas de clases ni las relaciones de dependencia. . .”

No tendría, seguramente, especial utilidad que nos detuviéramos a recapitular sobre la teoría del crecimiento de Rostow, a fin de demostrar sus limitaciones y fallas insuperables. A estas alturas ningún investigador serio acepta el superficial esquema rostowiano, por lo que acaso baste agregar, a lo señalado por García, que el principal objeto de tal «análisis» es oponer al materialismo histórico marxista-leninista un pseudomaterialismo vulgar, arbitrario, subjetivo, tecnocrático y mecanicista, prescindiendo del concepto fundamental de *formación socioeconómica* e ignorando las leyes que rigen su desarrollo, inventa una caprichosa sucesión de etapas que nada tienen que ver con el curso real del proceso histórico, y que apologeticamente convierte al capitalismo, y en particular al imperialismo norteamericano, en la sociedad más avanzada y en aquella a la que deben aspirar y por la que deben optar los países atrasados, pues es la que les ofrece más altos y mejores niveles de vida.

En realidad, la teoría del profesor —y según informaciones aparecidas a punto de publicarse este volumen, del agente de la CIA —Rostow, incurre en los mismos graves errores comunes a la ciencia social burguesa en general. Concibe al desarrollo como un fenómeno de crecimiento cuantitativo que se desenvuelve gradual, no histórica ni dialécticamente. Hace caso omiso de las relaciones de producción, o sea de la estructura socioeconómica y de su relación con las fuerzas productivas; ignora, en consecuencia el papel del modo de producción y del desplazamiento de unos a otros en la dinámica del desarrollo; renuncia a una explicación teórica seria del Estado y, con mayor razón, del capitalismo monopolista de Estado; no toma en cuenta para nada el fenómeno de la plusvalía, el problema crucial del origen y la utilización del excedente, y, a consecuencia de todo ello se mantiene al nivel del ingreso y otras va-

riables, sin poder explicar sus determinaciones y menos los factores que condicionan la acumulación de capital.

El solo hecho de no trabajar en el nivel de las relaciones de producción y de limitarse a la esfera de la circulación, pensando que a partir de ésta se pueden realizar cambios profundos y el preferir especular en torno a situaciones estáticas de equilibrio, sin reparar en los desequilibrios cada vez más graves que aquejan al capitalismo, bastan para que tales teorías no puedan explicar científicamente el desarrollo y, menos aún, el subdesarrollo.

Y cuando excepcionalmente se ocupan de problemas reales así sea en forma parcial y fragmentaria, cuando admiten que vivimos en una economía capitalista que está lejos de funcionar armoniosamente, entonces nos entregan la imagen de un capitalismo flexible y receptivo, en que el «estado del bienestar» —que para las clases desposeídas y explotadas es, sin duda, el «estado del malestar»—, resulta el mecanismo que a través de unas cuantas reformas puede, supuestamente, resolver los más graves problemas y contradicciones del sistema. Todo lo que se requiere, nos dicen los ideólogos burgueses, es democratizarlo, hacer que además de la libertad garantice la justicia, volverlo, en una palabra, un capitalismo de los trabajadores y no de los capitalistas. O sea, simplemente, sustituir la realidad por la utopía, en el mejor de los mundos imaginarios posibles.

Si bien tales posiciones tienen, desde luego, matices y peculiaridades, responden en general a ciertos patrones que enmarcan en conjunto la ciencia social burguesa. Y, trátase del dominio de la historia o la filosofía, de la economía, la sociología o la política, lo que parece ser más común a ellas es que no explican de una manera seria, **racional, propiamente científica** los problemas fundamentales.

Podría recordarse, al hacer esta reflexión, lo dicho por Myrdal —que por cierto Antonio García recoge en su libro— en el sentido de que, por lo demás, la teoría «tradicional» nunca se propuso explicar tales problemas. Y esto es cierto. Ni se propuso hacerlo ni, de haberlo intentado, habría tenido éxito a partir de las concepciones ahistóri-

cas y con el herramental pragmático que emplea. Pero si a pesar de que la ciencia social burguesa no puede ni tiene interés en explicar los problemas fundamentales de nuestros países, nosotros la usamos sin atrevernos a objetarla y a exhibir su invalidez, si llevados por la pasividad, la inercia, la enajenación, la incapacidad para descubrir la realidad en que nos movemos y aun el terreno que pisamos, nos limitamos a tomar el rábano por las hojas, a aceptar como ciencia lo que no es tal, a repetir mecánicamente y sin espíritu creador lo que se dice en tales o cuales centros académicos extranjeros, y en suma, a aceptar teorías y métodos que aun teniendo valor en ciertas condiciones no son aplicables a las nuestras, la responsabilidad más grave será de nosotros mismos y a nadie podremos reclamar el caer en errores, desviaciones y callejones sin salida.

Cuando hablamos de la invalidez de la teoría burguesa es necesario, pues, evaluarla en conjunto y también a través de sus más sofisticados exponentes. Porque, de no hacerlo, alguno de los jóvenes tecnócratas que viven conforme al último grito de las modas académicas y que suelen regresar del extranjero con un bagaje impresionante de verdades a medias, técnicas más o menos mal digeridas, lugares comunes y, sobre todo, pedantería, podría decirnos: "cierto, el profesor Rostow no ofrece nada de especial valor; de acuerdo en que cae en un historicismo superficial y no nos explica, con su concepto del despegue y su teoría de las etapas, el atraso latinoamericano, pero son otras hoy las contribuciones principales, y éstas, que ustedes ignoran, no adolecen de tales fallas."

Lo que quiere decir que no basta descalificar o desdeñar una teoría porque es burguesa, porque «sabemos» que no es válida o incluso porque sentimos que no vale la pena tomarse siquiera la molestia de estudiarla, pese a que ello es necesario para poder criticarla con autoridad. El adoptar estas actitudes contribuye a que los defensores de ciertas posiciones teóricas endebles y aun inadmisibles, del tipo de las antes mencionadas, tengan éxito en nuestros centros académicos. En el ala de ciencias sociales de nuestra Universi-

dad, para no ir más lejos, están desde hace años en boga corrientes que no obstante ser científicamente pobres y políticamente reaccionarias, confunden y aun atraen a no pocos estudiantes. En gran parte ello se explica porque muchos profesores las apoyan, las exponen y apologéticamente las hacen suyas. Y en parte, también, porque aun aquéllos para quienes son inaceptables no las someten a una crítica sistemática y seria que demuestre su inconsistencia y su escaso o nulo valor científico. En el dominio de la política económica y en general de lo que suele llamarse «estrategia del desarrollo» es frecuente que ciertos profesores, que a la vez son funcionarios estatales o de empresas privadas, repitan fórmulas convencionales y recetas reformistas que cuando no son inocuas son inviables, y casi siempre descansan en concepciones teóricas erróneas.

Y cuando intentan ser críticas lo son a medias, a la manera en que Myrdal, por ejemplo, critica las posturas más convencionales y ve en el atraso no un fenómeno lineal sino de “causación circular acumulativa”, de reacciones en cadena en que los factores más diversos interfluyen, se apoyan mutuamente y determinan el subdesarrollo.

Pero lo cierto es que la versión institucionalista, socialdemócrata y digamos, más dinámica del profesor Myrdal tampoco nos da la respuesta. Si bien él no es un mero apologista del capitalismo como lo son Rostow, Viner, Haberler, Friedman o Samuelson, sino un economista que trata de ser objetivo y rebasar los marcos académicos más estrechos, lo cierto es que no escapa a un subjetivismo que, en el fondo, denuncia su posición ideológica y su adhesión a la filosofía y la teoría burguesas. “...la metodología de la ciencia social —nos dice— es en su mayor parte metafísica y seudobjetiva...” Y, tras ésta sin duda justa aunque ambigua caracterización, añade: “Puesto que la ciencia social no es nada más que sentido común altamente sofisticado, debemos comenzar ...intentando caracterizar la concepción del mundo de la gente común y corriente de nuestra sociedad...” Myrdal parece querer escapar a un empirismo elemental, pero al hacerlo vuelve a dejar cons-

tancia de su incapacidad para apreciar la realidad histórica objetiva cuyo estudio es el centro de la ciencia social: "Los hechos no se organizan a sí mismos en conceptos y teorías —escribe— sólo porque se observen: en verdad, excepto dentro de la estructura de conceptos y teorías, no hay hechos científicos, sino sólo caos..." De aquí sólo hay un paso a concluir que "La única forma, en consecuencia, en que podemos bregar por la 'objetividad' en el análisis teórico es exponer los valores abiertamente, hacerlos conscientes, específicos y explícitos y permitirles determinar la investigación teórica."³ La objetividad en la ciencia social no tiene, para el profesor Myrdal, ningún otro sentido. Se limita a establecer claramente las premisas o juicios de valor que presiden una investigación.

En el fondo tal posición no escapa a algunas de las fallas que su autor advierte en otros. Se queda a la mitad del camino. Cae en un eclecticismo confuso y oportunista —todo es causa de todo—; repite no pocas de las más superficiales críticas hechas a Marx, cuya teoría del valor y de la plusvalía tienen para él el mismo carácter metafísico y teleológico que la mano invisible de Smith y las etapas del crecimiento de Rostow.⁴ Considera que la lucha de clases es una «noción errónea» y censura a los «radicales ignorantes» que atribuyen a los capitalistas responsabilidad en el subdesarrollo, sin reparar en que los reaccionarios son los pueblos... (*The Challenge*, Nueva York, 1970, p. 301). Y, a la cómoda manera keynesiana, abriga la ilusión de que el estado capitalista sea capaz de abolir incluso las contradicciones más graves del capitalismo.

Qué lejos está todo ello de la concepción materialista y del concepto de objetividad que subyace a la segunda tesis de Marx sobre Feuerbach: "El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es

³ Gunnar Myrdal. *Objetividad en la ciencia social*. México, 1969, pp. 10, 13, 18, 114.

⁴ Véase: *An american dilemma, asian drama y the challenge of world poverty*.

en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad. es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*.”⁵

Todo lo cual revela que la «teoría alternativa» del desarrollo, del profesor Myrdal, no ofrece realmente una alternativa a los países capitalistas más atrasados. Si bien no se limita a comparar en forma mecánica unos cuantos indicadores cuantitativos, al no dar la debida atención a las relaciones sociales de producción, deja de apreciar el peso del capitalismo y del imperialismo en el subdesarrollo, y con mayor razón las contradicciones fundamentales que afectan el proceso económico y la estructura social, y la forma en que se expresan en la lucha de clases.

Y lo mismo podría decirse de otros teóricos burgueses: de los sociólogos Parsons y Merton, verbigracia, que bajo la influencia de Weber y Durkheim trabajan a partir de conceptos formales y de abstracciones sin contenido a los que a menudo escapan los elementos esenciales de la realidad y de los fenómenos que pretenden explicar, como ocurre con la «acción social» o sea la unidad en que, según Parsons, descansa todo el sistema social; pero una unidad que no se desenvuelve en el mundo de los conflictos y contradicciones reales sino en el marco de un «modelo» y conforme a valores y «patrones de comportamiento» preestablecidos, más allá de los cuales sólo queda una compleja realidad que, en la medida en que desborde al «modelo» teórico, resulta ajena e intrascendente para la ciencia.

En resumen, lo que esencialmente invalida a la teoría social burguesa es su incapacidad para entender la dinámica del proceso histórico, de un proceso que no puede comprenderse si se concibe como algo abstracto, a partir de juicios apriorísticos y a menudo incluso de meros prejuicios, y no del estudio de hechos y relaciones sociales reales.

⁵ Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, p. 401.

El haber penetrado en el estudio de estas relaciones y de las contradicciones en que se expresan en una formación social concreta y no en la sociedad en general; el haber reparado en la importancia de la explotación capitalista y llevado la sociología a planos estructurales permitió el materialismo, como decía Lenin, descubrir las leyes fundamentales que rigen el proceso social y elevó a la sociología al nivel de una verdadera ciencia.⁶

Ciencia social e ideología

La segunda cuestión en torno a la cual quisiera hacer algunas reflexiones es la que se refiere a las relaciones entre la ciencia y la ideología, pues no sólo se trata de un asunto de innegable interés que desde hace mucho tiempo ha sido objeto de inquietud entre numerosos investigadores, sino que García hace de él un planteamiento lúcido y sugerente, que sin duda puede ayudarnos a hacer los deslindes necesarios para forjar una teoría que explique adecuadamente el subdesarrollo.

Rompiendo sin vacilaciones con las corrientes que divorcian a la ciencia social de la ideología y que incluso consideran a ésta como la negación misma de aquélla, García adopta una posición que podría resumirse como sigue:

- a) En una sociedad de clases y un mundo con países dominantes y dominados, si bien existen ideologías sin teoría “...no existe una teoría científico-social sin una ideología...”
- b) “El concepto de una «ciencia social pura», despojada de todo trasfondo ideológico, es un simple artificio conceptual...”
- c) “La ideología de las naciones dominantes o de las clases dominantes es la *sustancia mitificadora* que

⁶ Véase, “Quiénes son ‘los amigos del pueblo’.” *Obras completas*, Buenos Aires, 1969, pp. 150-51.

impide a los países colonizados, o a las clases socialmente sometidas, *ver* y comprender la realidad del mundo en que viven, atribuyendo al *orden natural* su empobrecimiento, su atraso y su dependencia.”

- d) “...la ideología puede analizarse, históricamente, de dos maneras: *como un método de mitificación y oscurecimiento de la realidad histórica, o como una afirmación subjetiva del hombre en cuanto no se limita a ver la realidad sino que expresa su decisión de transformarla...*”
- e) “Esta concepción histórica de la ideología permite llegar a dos conclusiones generales: la primera es que la idea... de una teoría científico-social sin ideología es una abstracción ahistórica y puramente racionalista; y la segunda... en que es precisamente la ideología la que ha de caracterizar la naturaleza beligerante y dinámica de las ciencias sociales en América Latina... transformándolas en *ciencias sociales del desarrollo...*”
- f) “...este hecho reviste la mayor trascendencia teórica y práctica, ya que ha posibilitado la *desmitificación de las ciencias sociales* por medio del descubrimiento de su falsa universalidad... y del señalamiento de las líneas ideológicas que proyectan los intereses y sistemas de valores de las naciones dominantes en... la economía capitalista.”⁷

En un momento como el actual, cuando en los círculos académicos del capitalismo se estimula un neopositivismo y un tecnocratismo que aparentemente repudian toda ideología como algo que contamina y aun envilece y degrada a la ciencia, conviene que nos detengamos así sea brevemente, a examinar este problema, pues para explicar en forma rigurosa el atraso de nuestros países debemos tener claridad al respecto.

La crítica a las posiciones ideológicas como expresión de un doctrinarismo dogmático e incluso de un fanatismo con-

⁷ *Atraso y dependencia...*, pp. 7-9.

trarios a la ciencia empezó a cobrar impulso en los años cincuenta y se difundió con amplitud en la siguiente década. Contribuyeron a ello, entre otros conocidos ensayos, varios de Raymond Aron y, quizá sobre todo, dos libros de Daniel Bell y de Seymour M. Lipset,⁸ a los que más tarde se agregarían otros de Schlesinger, Waxman, Parsons, Sorokin, Rostow y Galbraith.

Sería imposible recordar aquí aun los aspectos principales de las posiciones de dichos autores. Para nuestros fines, basta decir que lo que parece esencial y común a ellas es la tesis de que si bien hubo épocas en que las ideologías tuvieron razón de ser, vivimos en otros tiempos, bajo otra organización social y en un contexto en que —salvo acaso en los países atrasados—, para comprender y resolver los más graves problemas sociales sólo se requiere «información precisa», computadoras electrónicas y buenos programas que éstas digieran. Bajo el capitalismo que los tecnócratas idealizan, pese a su desdén hacia las ideologías, los problemas sociales básicos están «resueltos», en la «sociedad industrial» la lucha de clases prácticamente ha desaparecido y el papel que antes correspondió o al menos dio lugar a expresiones ideológicas, compete ahora a la tecnología y la ingeniería social.⁹

La tendencia a despojar a la ciencia social de contenido ideológico no es nueva. En la Economía, la Filosofía y la Sociología la encontramos ya en los teóricos del equilibrio (Walras, Pareto y otros) que conciben a la Economía como una ciencia «pura», propiamente matemática; en el positivismo de Comte, que asigna a la ciencia la función de descubrir ciertos hechos más que de explicar sus causas, en la escuela histórica alemana de Windenband, Rickert y otros, que defiende la «neutralidad» de las ciencias sociales y que, preocupada por «individualizar» el co-

⁸ *The end of ideology. On the exhaustion of political ideas in the fifties*, Illinois, 1960 y *Political man. The social base of politics*, New York, 1960, respectivamente.

⁹ Véase por ejemplo, *Paths of american thought*, Boston, 1963, editada por A. Schlesinger y M. White.

nocimiento, acaba negando la existencia de leyes del desarrollo de la sociedad.

Se advierte, además, en Weber y Durkheim, cuya influencia en la sociología funcionalista contemporánea es indudable. Weber, a quien algunos de sus defensores suponen ajeno a todos los *ismos*, cae en un metodologismo al que esencialmente interesa librar a la ciencia de contenido político e ideológico. Los juicios científicos son para él neutros; no son juicios de valor ni postulados que se basen en leyes del desarrollo histórico: son medios de conocimiento que el investigador construye a partir de «tipos ideales», de «modelos mentales», que en rigor no expresan tanto realidades objetivas, sino en última instancia, enfoques individuales que, de paso, llevan a la ciencia «pura» incluso a la impura ideología que Weber rechaza verbalmente, y que en la práctica identifica con la concepción marxista.

En fin, Manheim, partiendo de las formulaciones historicistas contrasta las ciencias naturales y las culturales, y en tanto ve en aquéllas ciencias genuinas, capaces de establecer verdades objetivas y universales, considera que las teorías sociales —incluyendo, desde luego, el marxismo— sólo pueden ofrecer conocimientos limitados, parciales, y en parte inevitablemente erróneos e insuficientes que expresan posiciones e intereses de clases y grupos determinados. De donde resulta un pensamiento inadecuado que adopta la forma particular de *ideología* en los grupos dominantes defensores del orden establecido y de utopía entre quienes lo cuestionan y aspiran a destruirlo. Pero, tratase de una u otra, la realidad es siempre deformada y carente de objetividad porque nunca se expresa en forma de una verdad absoluta.¹⁰

El problema no es, en modo alguno, sencillo. Y aunque el intento de ciertos autores de despojar a la ciencia social de ideología, en la práctica sólo ha significado a menudo sustituir una ideología por otra, no es fácil compren-

¹⁰ Karl Manheim, *Ideology and Utopia*, London, 1936.

der las relaciones entre lo que es propiamente científico y lo meramente ideológico.

Tan sólo en el dominio de la economía —no digamos en el más vasto y complejo de toda la ciencia social— se advierten posiciones y enfoques muy diversos. Mientras la señora Robinson, por ejemplo, escribe que “la Economía (la materia enseñada en las universidades... y postulada en destacados artículos) ha sido siempre, en parte un vehículo de difusión de la ideología dominante en cada período y en parte un método de investigación científico...”,¹¹ el no menos prominente profesor Schumpeter considera que si bien la “Economía Política y el Pensamiento Económico” son casi inevitablemente condicionados por la ideología, el “análisis económico” —concebido como un conjunto de técnicas instrumentales— es independiente y objetivo.¹² El propio Schumpeter, sin embargo, piensa que “es absurdo” considerar ciertas teorías post-ricardianas como “teorías condicionadas ideológicamente” y advierte “una tendencia dominante a abandonar la connotación clasista de las categorías de tipos económicos”; reconoce una ventaja en tal proyección y cree que la teoría de la utilidad marginal “es una construcción de análisis puramente científico sin connotación política alguna...”,¹³ lo que claramente muestra que no obstante su penetración, no repara en que tal teoría divorció a la ciencia económica del estudio de las relaciones de producción y sentó las bases de una teoría de la distribución que, a diferencia de la teoría de Ricardo, acabaría defendiendo la explotación capitalista.

Incluso en el campo marxista, autores como Lange aceptan que en la presente etapa del capitalismo “los economistas burgueses consiguen (en campos tales como la política monetaria, el estudio del ciclo, la teoría del crecimiento, la

¹¹ *Economic philosophy*, London, 1962, p. 1.

¹² Véase: J. Schumpeter, *History of economic analysis*, New York, 1954, pp. 37-38.

¹³ Véase: Ronald L. Meek, *Economía e ideología*, Barcelona, 1972, 310-311.

estadística económica, la econometría, la programación y la contabilidad social) un progreso científico real, por más que fragmentario.”¹⁴

Aunque, en rigor, como observa Dobb, tales «análisis» son a menudo tan sólo estructuras puramente formales sin contenido económico alguno, cuya «neutralidad» y carácter «suprahistórico» derivan en gran parte de su desconexión con la realidad misma, hasta el punto de hacer dudar muy seriamente sobre su carácter de teorías económicas capaces de explicar ciertos fenómenos sociales, ya que se limitan a establecer unas cuantas relaciones elementales, más o menos obvias, que a veces no pasan de ser meras tautologías.¹⁵

Althusser, por su parte, también en el campo del marxismo, contrasta radicalmente la ciencia y la ideología hasta volverlas antitéticas, contrapone la ciencia y el Marx científico y materialista a la filosofía, y el Marx humanista, considerando que la ideología es un “sistema de representaciones” de imágenes, mitos, ideas o conceptos que cumple sobre todo una función social práctica, pero que, a diferencia de la ciencia no tiene una función teórica, en el sentido de «producir» conocimientos (*La revolución teórica de Marx*). Se ha criticado a Althusser por establecer antítesis abstractas y antidialécticas, por no comprender la íntima relación entre la filosofía y la ciencia, por no entender el papel de la lucha de clases en ambas y, en forma general, en la forja de las teorías sociales y por hacer de la «ruptura» que él advierte en el desarrollo del pensamiento de Marx a partir de 1845, una línea absoluta y tajante que menosprecia la ya importante contribución que entrañan los *Manuscritos* y otros trabajos del 44 y, sobre todo, que impide apreciar en conjunto unitariamente la evolución del pensamiento de Marx.¹⁶ Que Althusser ha ido demasiado le-

¹⁴ *Ibid.*, p. 332.

¹⁵ M. Dobb, *Theories of value and distribution since Adam Smith*, London, 1973, pp. 4, 1 y 12.

¹⁶ Véase: Maurice Cornforth, “Some comments on Louis Althusser’s reply to John Lewis”, *Marxism Today*, London, May 1973, pp. 139-47.

jos al divorciar la ciencia y en particular la ciencia social de la ideología —no reparando en la estrecha relación que suele haber entre ellas—, parece indudable. Y el origen del error puede estar en la creencia de que toda ideología deforma y falsea la realidad. “En las sociedades de clases —dice— la ideología es una representación de lo real, pero *necesariamente falseada*, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa; y es tendenciosa porque su fin no es el dar a los hombres el *conocimiento objetivo* del sistema social en que viven, sino por el contrario ofrecerles una representación mistificada... para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clase.”¹⁷ “Se comprende también entonces —añade— que toda ciencia tenga que romper, cuando nace, con la representación mistificada-mistificadora de la ideología...” Tratándose de la ideología burguesa esto parece obvio e innegable, pero en una sociedad de clases, a menudo como en ninguna otra instancia, en la ideología se expresan los intereses antagónicos e irreconciliables de las clases en pugna. Althusser, naturalmente, lo toma en cuenta, mas recordando la tesis marxista de que “las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante”, señala que, bajo el capitalismo, la propia ideología proletaria es una ideología subordinada que, “aun en la protesta de los explotados” expresa “las ideas de la clase dominante”.¹⁸ Siendo cierta tal subordinación, nuestro autor va, de nuevo, demasiado lejos.¹⁹

¹⁷ L. Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Argentina, 1972, p. 55.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 56-57.

¹⁹ Althusser revisa sus posiciones iniciales respecto al problema ciencia ideología a partir de 1967, y en 1974 publica un pequeño libro en cuyas páginas iniciales comenta que después de haber reconocido que su posición entrañaba un «error» de «teoricismo», ahora se da cuenta de que se trata más bien de una “desviación teoricista” derivada del propósito de “defender al marxismo” contra las amenazas reales de la ideología *burguesa*, de subrayar su antagonismo y la necesidad de una *ruptura* y una lucha incesante contra ella. “Pero en vez de dar a este hecho *histórico* toda dimensión social, política, ideológica y teórica, reduce su alcance al de un hecho *teórico* limitado: a la «ruptura» epistemológica, observable en las obras de Marx

El problema parece ser que no es posible “desideologizar” la ciencia social ni acertado pensar que, por fuerza, la ideología, cualquiera que sea su origen, su alcance y contenido social deba ser una forma de representación que falsee y deforme la realidad. “El problema de la determinación social y de la clase es el más importante para concebir debidamente la esencia del proceso del conocimiento y, particularmente, del conocimiento social.” “La objetividad del conocimiento social se logra únicamente si se acepta conscientemente el punto de vista de la clase más progresista... Un conocimiento social objetivo no puede ser obtenido al margen de la ideología, sino sólo en el marco de la ideología de la clase revolucionaria avanzada.”²⁰

El esclarecer estas cuestiones es una condición importante para que avancemos en nuestro esfuerzo. Y no avanzaremos si nos mantenemos en el infértil y engañoso campo de la ciencia social «pura», pero tampoco si, reconociendo la presencia inevitable de la ideología, nos limitamos a defender posiciones que nos parezcan políticamente justas sin esforzarnos por ahondar en el estudio teórico del desarrollo. Si bien no debemos rehuir la lucha contra la ideología burguesa, la proyección de esta lucha será mucho más amplia y su utilidad práctica mayor, si somos capaces de darle una fundamentación teórica rigurosa...”

a partir de 1845. Al hacerlo, caí en una interpretación *racionalista* de la «ruptura» que opone la *verdad* al *error* bajo las especies de la oposición especulativa de «la» ciencia y la ideología en general, deviniendo el antagonismo del marxismo y la ideología burguesa un caso así particular... En esta escena racionalista-especulativa la lucha de clases estaba prácticamente ausente.” *Éléments d'autocritique*. París, 1974, pp. 14-15. Véase, además, del propio autor: *Para una crítica de la práctica teórica*, México, 1974.

²⁰ L. N. Moskvichov, *The end of ideology theory: Illusions and Reality*, Editorial Progress Publishers, Moscú, 1974, pp. 114 y 119.